

SAN BENITO JOSÉ LABRE

**Un santo despreciado
y excluido,
al que la vida no le sonrió**



H. Francisco Javier Sáez de Maturana

En el Mensaje del Papa Francisco, con motivo de la Jornada Mundial de oración por los pobres -17 de noviembre 2024-, cuyo lema es "*La oración del pobre sube hasta Dios*" (Sir 21,5), aparece un nombre que no muy conocido. Se trata de san Benito José Labre. Me han preguntado varias personas sobre él. Con el fin de ayudar a conocerle, he elaborado este escrito, que comparto.

Dice el Papa Francisco:

Cómo no recordar aquí, en la ciudad de Roma, a san Benito José Labre (1747-1783), cuyo cuerpo reposa y es venerado en la iglesia parroquial de Santa María dei Monti. Peregrino de Francia a Roma, rechazado en muchos monasterios, trascurrió los últimos años de su vida pobre entre los pobres, permaneciendo horas y horas en oración ante el Santísimo Sacramento, con el rosario, recitando el breviario, leyendo el Nuevo Testamento y la *Imitación de Cristo*. Al no tener siquiera una pequeña habitación donde alojarse, solía dormir en un rincón de las ruinas del Coliseo, como "vagabundo de Dios", haciendo de su existencia una oración incesante que subía hasta Él (Mensaje, n.8).

Escribe el monje trapense y místico Thomas Merton:

"Uno de los primeros signos del santo es a veces el hecho de que otros hombres no saben qué pensar de él. En realidad, no están seguros de si está loco o es solamente un orgulloso; pero debe de ser por lo menos orgullo el hallarse asediado por un ideal que nadie, sino Dios, realmente comprende. Y tiene inevitables dificultades para aplicar todas las abstractas normas de "perfección" a su propia vida. No parece poder ajustar su vida a los libros. A veces su caso es tan malo que ningún monasterio quiere tenerlo. Tiene que ser despedido, devuelto al mundo como Benito José Labre, que quiso ser trapense y cartujo y no logró su deseo en ningún caso. Terminó finalmente como

vagabundo. Murió en una calle cualquiera de Roma. Sin embargo, el único santo canonizado, venerado por toda la Iglesia, que haya vivido como cisterciense o cartujo, desde la Edad Media, es San Benito José Labre"

¿Quién es Benito?

San Benito José Labre es un santo bastante desconocido, pero eso no quita interés a su fecunda vida, porque la mayoría de los santos son desconocidos para el común de los mortales, entre los que nos incluimos. Vale la pena conocer a este hombre.

Nació en Amettes -un tranquilo pueblo rural al norte de Francia- el 26 de marzo de 1748 y falleció en Roma en 1783. ¿Cómo podría resumirse su vida? Pues como un rotundo fracaso. Al decir esto suscita su vida todavía más interés. Veamos.

Benito, como tanta gente que ha sufrido y sufre mucho, no iba por ahí contando su vida. Las puertas de su intimidad no las abría a cualquiera, pero si a alguno, y por él sabemos detalles preciosos.

Era hijo de una familia acomodada de 15 hijos. A los 12 años fue enviado a estudiar bajo la dirección de un tío suyo cura. Durante los siete años que pasó en la casa del cura, maduró la posible vocación monástica, pero no tuvo la aprobación de su madre. Durante una cruel epidemia de tifus, que asoló la región, se dedicó con pasión a la atención de los enfermos. Pero nada pudo hacer por su tío, que murió por causa de la pandemia. Quedó profundamente entristecido por la pérdida de su tío. Y, después de aquellos provechosos años, se vio obligado a regresar al hogar familiar en Amettes. Pero duró poco en la casa.

Empieza su viacrucis

Ahí empezó para Benito un verdadero viacrucis. Quería ser religioso por encima de todo, dejó el hogar familiar y empezó a llamar a las puertas de los monasterios, y fue rechazado sucesivamente por cartujos, trapenses y cistercienses. En unos, no le dieron siquiera la oportunidad de probar la vida religiosa, porque lo vieron demasiado joven; en otros, tuvo que salir, después de haber sido admitido, por motivos de salud, posiblemente porque consideraban que no estaba bien de la cabeza; y, por fin, en otros fue invitado a marcharse, porque el estilo de vida al que él aspiraba era exigente, y, al parecer, los frailes de algunos monasterios no compartían sus ideales. “No naciste para nuestro monasterio, Dios te quiere en otro lugar”, le llegó a decir un abad mientras lo despedía. Por fin fue aceptado como terciario franciscano.



A partir de entonces, con 22 años, su vida fue un peregrinar a pie descalzo a lugares de tradición religiosa, y vivió como un sin techo, con otros sin techo. A ese estilo de vida se sintió llamado, y ya no aceptó propuestas para ingresar en alguna comunidad religiosa: El Señor le llamaba a ser peregrino sin posesión alguna. En muchas ocasiones fue despreciado y objeto de burlas, por parte de necios -religiosos ellos, por supuesto-, incapaces de aceptar la diferencia en su modo de vivir sanamente la fe. Los necios de esa estirpe siguen muy vivos hoy en día.

¿De qué vivía Benito?

Vivía de la providencia. No le faltaba la ayuda de gente humilde; incluso parece que durante un tiempo se alojó en la casa donde nacería años después el santo cura de Ars.

A pie recorrió media Europa: unos 30.000 kilómetros. Le pasó de todo. Cuando iba de camino a Santiago de Compostela le detuvieron acusado de un robo; al descubrirse al verdadero autor, el policía le preguntó: “¿Por qué no dijiste que no eras tú?”. “No me preguntó”, respondió Benito. En 1778, llegó a Roma, y allí se quedó hasta su muerte, cinco años después.

Se convirtió en un mendigo vagabundo, un “sin techo”. No tenía más ropa que la que llevaba puesta; dormía al aire libre, en un portal o debajo de un puente; no se bañaba y parece que

su aspecto resultaba bastante repugnante; comía de lo que encontraba en los basureros o de algunas sobras que le daban; nunca pidió limosna y, si alguna vez recibía algo, se quedaba un poco y lo demás lo repartía entre los pobres; más de una vez fue apaleado en la calle.

Consigo solo llevaba -como dice el Papa Francisco- un Nuevo Testamento, la *Imitación de Cristo*, el breviario, un rosario y un crucifijo. Una vez un cura de pueblo le preguntó sobre su vida: “Dios lo quiere así. Los pobres dormimos en el lugar donde nos llega la noche. Los pobres no necesitamos buscar una cama demasiado cómoda. Además, padre, me gusta estar solo con Dios”.



En el momento de su muerte

El 15 de abril de 1783 era miércoles santo. Un carnicero del barrio se lo encontró caído en la calle, cerca del mercado y decidió llevarlo a su casa. La última noche de su vida tuvo un techo y el calor de un hogar.

El 16 de abril de año 1783, murió Benito en el hogar que le acogió. Y, precisamente en el momento de su muerte, la ciudad presenció un espectáculo que, en palabras del cardenal De Bernis, embajador de Francia en la capital italiana, en una nota que envió al palacio de Versalles, “este hombre edifica a unos y escandaliza a otros”. Lo hizo porque el difunto era compatriota suyo -ciudadano francés-, aunque había dejado su patria años atrás. El espectáculo al que se refería era que tras su muerte se formaron ante la iglesia de Santa María dei Monti, donde el párroco había permitido colocar su cuerpo en una esquina de la nave central, unas colas interminables de gente que quería rendirle homenaje. Aquello recordaba el funeral de san Felipe Neri por las muchas personas que acudieron, y que querían tocar su féretro.

Lo que no le entraba en la cabeza al embajador, por muy “inspirado” que fuera al ser eclesiástico de alto rango, era que un indigente, un sin techo pudiera atraer tanta atención de la gente. Quien da dinero y favores, atrae, aunque sea por apariencia; pero ¿cómo podía reunir a tantos pobres un andrajoso como ellos?

No sabiendo cómo explicarlo, dejó caer en su escrito que todo debía ser una maniobra de los

jesuitas para llamar la atención. Hay que recordar que la Compañía de Jesús había sido suprimida años antes, en 1774, por el Papa Clemente XIV, y el susodicho embajador pensaba que en esta manifestación popular los jesuitas querían conseguir algún beneficio.

¿Pasaba algo de eso? De ninguna manera. No hubo maniobra jesuítica. Se trataba todo aquello de una expresión espontánea de la gente del barrio -y corriéndose la voz, de muchos más- a este hombre que habían conocido como habitante de las ruinas del Coliseo y zonas colindantes.

Camilo José Cela, escritor reconocido y admirador de Benito, escribió sobre su muerte: “Mientras las campanas de Roma repicaban el anuncio de la Salve, Benito José Labre, claro espejo de vagabundos, cerró los ojos para siempre. Su alma, también para siempre, voló, escoltada por el sonar de los clarines del gozo, hasta el cielo de los elegidos”.

¿Dónde estaba su secreto?

Había un “secreto”, y el suyo estaba, sencillamente, en su profundo amor a Cristo encarnado en la eucaristía y en las calles de la historia. En cierta ocasión le preguntaron de qué estaba hecho su corazón, a lo que respondió: “De fuego para Dios, de carne para el prójimo, de bronce para conmigo mismo”.



Empezaron a llamarlo “el pobre de las 40 horas”, por su devoción de pasar ese tiempo –el que se cree que Jesús estuvo en el sepulcro– adorando al Señor Sacramentado.

Como dice la oración colecta del día de su fiesta, “buscó la humildad, amó la pobreza y se adhirió únicamente al Señor”. Este santo es una encarnación moderna de la figura de los “locos por Cristo” tan frecuentes en la Iglesia oriental durante el Medievo.

La gente lo quiso mucho en Roma, por su sencillez y humildad. Como dice san Pablo, sin dar nada, “era un pobre que enriquecía a muchos”. Oraba mucho, y se notaba en su vida que la oración no era verborrea gritona. Hablaba con la gente del pueblo, escuchando mucho, y llegó a ser paño de lágrimas de numerosas personas.

Canonizado

Fue el Papa León XIII quien canonizó en 1881 a Benito José Labre, pero sin dejar de ser pobre entre los pobres.

El conocido poeta francés Paul Verlaine escribiría sobre él el día de su canonización: “¡Qué buena es la Iglesia en este siglo de odio, de orgullo, codicia y de todos los pecados, que exalta hoy lo oculto de lo oculto, el manso entre los mansos!”. Para el poeta, Labre fue un “pobre espantoso y angelical que mostró al mundo que está equivocado, y que los pies que se creen que son oro y plata, son arcilla”.

Pocos lo conocen. De hecho, algunos altos prelados se han opuesto a que sea proclamado Patrón de los sin techo. ¿Cuál es la razón? La razón es la siguiente: “No lo conocemos”. ¿Tan incapaces son de hacer un esfuerzo por saber de él? Pues, están tan llenos de sí mismo que eso les incapacita para ver más allá de sus prejuicios. Sin comentarios.

De todos modos, es tenido por muchos como patrono de las personas sin hogar y de quienes tienen problemas de salud mental. Pocas veces encontraremos un santo canonizado que haya vivido una inserción tan radical entre los pobres. San Benito José Labre puede considerarse, oficialmente o no, como el santo patrón de las personas excluidas, marginadas e inadaptadas.

Igualmente es el patrón de los fracasados, de las personas que necesitan una segunda oportunidad.

También nos puede enseñar...

Además de lo dicho, nos puede enseñar, entre otras cosas, a asumir los fracasos, la debilidad, la imperfección, la enfermedad o las rarezas -propias o ajenas -que puede haber por el modo de vivir la piedad- como una renovada ocasión de pegarnos a Dios y de amar a los hermanos. Podemos terminar haciendo nuestros estos versos de Pedro Miguel Lamet, tomados de su poema-oración “Abrázame en tu abismo”:

Desándame los títulos
con los que sin razón
me visto cada día,
esa falsa cordura que me impide
la demencia feliz
de amar tu precipicio.

Celebramos su fiesta litúrgica el día 16 de abril.

Lima 16 de noviembre 2024